

Gómez Pereira (1500-1558)

Antoniana Margarita (1554)

Los brutos carecen de razón

.....

Si los brutos sintieran, desaparecería toda la bondad de la naturaleza.

En cuarto lugar, si los brutos hubieran podido ser como nosotros en lo que respecta a las sensaciones externas y órganos internos, tendríamos que admitir que los hombres actúan por doquier de una forma inhumana, violenta y cruel. Porque, ¿qué cosa hay más atroz que el ver a las acémilas, sometidas a pesadas cargas que transportan en largos viajes, caer por la acción de los golpes y sufrir por el pinchazo cruel de púas de hierro, mientras la sangre mana de sus heridas, profiriendo abundantes gemidos y solicitando misericordia con determinadas voces -si es que se puede evocar el estado de ánimo por los gestos? Hay, además, otra crueldad que consideramos tanto más atroz como frecuente. Y es que el tormento de los toros perseguidos alcanza la cima de lo cruel cuando son heridos por pértigas, espadas y piedras -ya que no hay otra práctica humana con la que la vista del hombre se deleite tanto como con estas acciones tan vergonzosas, incluso pareciendo que la bestia pide la libertad con mugidos suplicantes.

Y no sólo hay que denunciar la escasa ternura que presenta el hombre, si es que se cree que los toros perciben todo lo anterior -como parecen indicar por sus gestos-, sino que, también, se suprime, además, toda la afabilidad de la naturaleza.

Y se acusa, asimismo, a todos los seres vivientes que lo han causado y a muchas otras cosas que ocasionan una vida llena de tantas tribulaciones y miserias.

En quinto lugar, se tratará sobre si se admite lo que opinaron filósofos expertos e inexpertos que están de acuerdo en que los hombres y los brutos sienten, incluso, la misma preocupación sobre cuál será el destino de sus almas después de la muerte. Porque queda probado -de acuerdo con lo dicho anteriormente- y es patente, por ciertos experimentos, que los brutos temen como lo más terrible a la muerte, y la tratan de evitar en la misma medida que los hombres. Pero como el temor, o terror, ante la llegada del invierno -que no conocieron las hormigas nacidas en la primavera siguiente a éste-, impulsó a las que, de entre ellas, en cierto modo pueden pensar para introducir con sus miembros el trigo en las cavidades de la tierra, como si lo amontonaran en un granero, y roer las partes extremas de la semilla para que no germine con la humedad del invierno, así también las golondrinas, y muchas otras aves del mismo tipo, cruzan el mar volando. ¿Por qué ellas no pensarán -si resulta más fácil- qué les puede ocurrir después del óbito, cuando se saben destinadas a la muerte que temen? Pues no es tan difícil pensar sobre esto, máxime si se

tiene en cuenta que se va a producir la germinación de la semilla y que el remedio para este mal está en la erosión de las extremidades de los granos de trigo. Pero si se permite esto último a los brutos, lógicamente habrá que admitir lo primero -es decir, que tienen preocupación por el destino de sus almas después de la muerte, cosa que intentábamos probar. Pero no podemos aseverar más que lo contrario, cuando decimos que los brutos no pueden adivinar el momento de su muerte, de acuerdo con determinados actos que vemos ejecutar a éstos. Por consiguiente, cuando los que filosofan dicen que los brutos son iguales a nosotros en el sentir, de acuerdo con otras actuaciones de éstos, deben verse obligados a afirmar lo que yo expongo.

Si los brutos pudieran sentir, tendrían la facultad de la adivinación.

En sexto lugar, de acuerdo con lo expresado en el anterior razonamiento, se puede deducir claramente que a los brutos se les ha otorgado por naturaleza una facultad adivinatoria. Queda patente la consecuencia. Muchos de ellos prevén que va a llegar el invierno sin un previo conocimiento del mismo. Esto ocurre, por ejemplo, con las hormigas ,y con la multitud de jóvenes golondrinas que permanecen solas privadas de sus padres. Este temor, o previsión de lo que se sabe que va a llegar, nunca puede producirse si no es por una facultad adivinatoria, y, por lo tanto, la consecuencia es correcta. Además, lo mismo se comprueba con otro razonamiento. Observamos que en muchos géneros de aves, los recién nacidos, tan pronto como salen del cascarón, escogen a determinadas hembras de su propio grupo para que les alimenten y rechazan a otras que se han mezclado con aquellas -a las que nunca conocieron antes del nacimiento.

Todo esto no podría suceder si no hubieran sido dotadas de la facultad adivinatoria. Por lo tanto, nuestra afirmación es verdadera.

Se rechaza la solución de algunos que dicen que los brutos son instruidos por naturaleza.

Algunos piensan que las anteriores razones, y otras parecidas, se resuelven suficientemente al responder que algunas especies de brutos han sido creadas doctas por la naturaleza -corroborándolo con la autoridad de Aristóteles en el libro 8 De Historia Animalium.

En efecto, Aristóteles dice: "Toda actividad y trabajo de los animales se desarrolla sin razón, en el coito, en la procreación y en la astucia de la alimentación; y no concierne al frío, al - calor o a los cambios del tiempo, pues todos ellos tienen sentidos innatos del cambio que se produce por el frío y el calor". También una opinión del mismo filósofo, en el libro 9, capítulo 6, no copiada, sobre algunos animales que la naturaleza dotó de cierta prudencia. Y en el capítulo 7 del mismo libro cuyo título es "Sobre la parte de la inteligencia con la que ciertos animales imitan la razón de los hombres".

Pero, los que se apoyan en Aristóteles no someten a un examen más profundo todo lo dicho por él. Porque si la discusión significa que los brutos son enseñados por la naturaleza para que conozcan que vendrá el invierno -que no han conocido con anterioridad- o para distinguir la semilla apropiada para ellos -que nunca antes habían visto-, necesariamente otorgan a éstos la facultad de la adivinación ya que adivinar no es otra cosa que conocer el futuro, y éste no puede conocerse sin apoyarse en alguna conjetura.

En efecto, decimos que a los hombres se les ha dado la facultad de adivinar -puesto que Dios los creó conscientes del futuro- de la misma forma que otros afirman que la naturaleza ha concedido lo mismo a las aves. Pero, aunque las palabras de Aristóteles no verifican exactamente el sentido de lo dicho, sí dan a entender que los brutos lo tienen por naturaleza -al evitar algunas cosas, seguir otras y prever algunas que no conocen (como el ámbar no conoce al pisón, o el imán al hierro que atrae). Y si ello es evidente para Aristóteles, ¿por qué los que filosofan cuando ven las obras de los brutos, no deducen, a partir de ellas, el mismo juicio -por ejemplo, que el caballo es atraído por determinadas especies de hierba, sobre todo por la cebada puesta ante sus ojos, o por el sudor del criado que está ante su nariz; y como la oveja y el cordero evitan a los lobos, cuando éstos están ante ellos, de la misma forma que el hierro es incompatible con cierta forma de mineral y del rechazo que se produce entre ambos? Pero, aunque confiesen que estas cosas son lógicas, también evitarán pronunciarse sobre los imposibles que hemos expuesto -no permitiendo que se hagan conjeturas sobre el hecho de que los brutos son semejantes a nosotros en el sentir. ¡Cuántos argumentos del mismo tenor podríamos presentar para rechazar este falsísimo principio, que se ha introducido desde hace bastante tiempo en muchos fundamentos de razón!.

Razones especulativas que demuestran que los brutos no sienten.

Sin embargo, es mi intención omitir argumentos de tal condición y acudir a otros que, según juzgo, demuestran completamente la falsedad del principio antes aludido. De entre ellos, el primero es el que sigue.

Entre todos los filósofos que he citado desde la introducción de nuestra lección, existe el acuerdo sobre que el conocimiento de lo universal sólo se debe otorgar al entendimiento. Y hasta tal punto afirman que la propiedad de conocerlo universal es propia de la facultad intelectual, que no admiten que el hombre pueda conocerlo únicamente con los sentidos. Y si esto, que es verdad, es así, cuánto más lo será para el sentido de los brutos. Ahora bien, de acuerdo con la hipótesis de los que afirman que los brutos son iguales a nosotros en el sentir, necesariamente se deduce que también a éstos se les ha concedido el entender lo universal y que las almas de los brutos son indivisibles como las de los hombres. Y de estas premisas se deduce necesariamente la conclusión. Por consiguiente, partiendo de esta base, algunos se han visto obligados a decir que los brutos tienen entendimiento, volviendo a lo de siempre: que los brutos y los hombres son de la misma especie. Extremo, éste, que no sólo es un absurdo manifiesto, sino también impío. Lo que nos conduce a lo que sigue a continuación.

El primero de los tres imposibles que he explicado -que se deduce por la afirmación de los que opinan que los brutos sienten.

Demostremos el primero de los tres imposibles que, como ya dije, es la consecuencia ante la falsa afirmación de los que filosofan de acuerdo con las supuestas deducciones por la autoridad de Aristóteles en el libro primero de los Analíticos Posteriores. En efecto, él mismo afirma que es imposible, una vez conocidas las premisas debidamente establecidas y que conducen necesariamente a alguna conclusión, no conocer esta conclusión. Sin duda, no hay nadie que no conozca lo siguiente: "todo animal racional es capaz de reír", "todo hombre es animal racional" y, consecuentemente, "luego, todo hombre es capaz de reír". Incluso no puede ocurrir que cualquiera, al conocer: "este hombre es bípedo" y "este otro también es bípedo", no entienda lo que se deduce: "todo hombre es bípedo". Y es que necesariamente podemos afirmar cualquier conclusión si conocemos previamente las premisas.

Por consiguiente; si nosotros -que somos capaces de juzgar libremente- estamos obligados a asentir una conclusión cuyas premisas han sido comprendidas, también los brutos, por fuerza, asentirán lo mismo. Y, de este modo, el citado tropel de filósofos afirma que los brutos conocen como fuego cálido a lo que sienten que les da calor, incluso que les afecta del mismo modo, al estar cada uno de ellos dotado de las mismas facultades y que, necesariamente, conocerán esta conclusión: "todo fuego es cálido". Pero esto es un universal, y no hay posibilidad de conocerlo sin haber conocido con anterioridad lo universal. Por ello, ya hemos dicho que los que se oponen a lo nuestro se ven obligados a afirmar que en los brutos hay una facultad para conocer los universales.

Se rechaza la solución que pueda remitirse a la razón.

En efecto, no pueden negar -una vez que se ha examinado como actúan los brutos- que éstos no conozcan lo universal ya que huyen de los fuegos como si conocieran la propiedad de quemar que se encuentra en todos ellos. Incluso, ciertas especies de irracionales temen de una forma peculiar a otras, huyendo de cualquier individuo que ven que pertenece a alguna de ellas -como si tuvieran inserto en sus mentes aquel conocimiento de lo universal-, al igual que nosotros, los hombres, tememos a los que consideramos que forman parte del universal enemigo.

Con el mismo razonamiento se demuestra que en los brutos se encuentra la facultad de discurrir, pues deducen la proposición universal de entre todas las singulares -como también los hombres deducen de un antecedente adecuado una conclusión que sigue necesariamente. En efecto, no es posible negar todo esto si se sopesan solamente los actos de los brutos. Ya ha sido explicado por Aristóteles en los libros 8 y 9 De Historia Animalium, por Plinio en los libros 8, 9 y 10, así como en otros.

Pero los que opinan que nuestras razones carecen de fuerza y son muy débiles, ya que la naturaleza ha otorgado a ciertas especies de animales una peculiar noción de determinadas cosas Y les niega el conocimiento de otras y deducir, por ello, que las hormigas han sido dotadas de prudencia para conservar las semillas en las cavidades de la tierra y, sin embargo, no pueden conocer otras cosas más fáciles-, no pueden, con sus palabras, refutar nuestros razonamientos.

En primer lugar, porque todos los hombres experimentan en ellos mis! os lo opuesto. En efecto, todos somos conscientes que las cosas fáciles se entienden con mayor facilidad y que la naturaleza nos ha dotado de un agudo talento para conocer lo difícil, o de un determinado conocimiento para entenderlo -sobre el que escribió Aristóteles en De Anima 3, texto comentado 7.

En segundo lugar, porque, si se le hubiera dado al hierro un modo de aseverar y aplicado al mazo un alma sensitiva, la naturaleza habría concedido a éstos únicamente el conocimiento de sus afines -el imán o el ámbar, respectivamente- y, además, al hierro el rechazo de otra especie mineral que no tolera, prohibiendo e impidiéndoles el conocimiento de otras cuestiones. También se habría dado a todas las cosas pesadas la facultad de conocer el centro hacia el que se sienten atraídas y, por el que tienen tendencia- y la propia naturaleza les habría permitido percibir el vacío -al que evitan del tal forma que, aunque no quisieran, tenderían a ir al centro-, y, para evitarlo, ésta tendría que haber dotado a aquellas de solamente estos dos conocimientos.

Los que se oponen a nosotros opinarán que he respondido suficientemente a determinadas cuestiones ya afirmadas, y no de modo diferente. Pues argumentarán, quizás, que lo que he expuesto ya ha sido tratado convenientemente -y que si la facultad de sentir por contacto hubiera estado en el imán, en el mazo o en lo pesado, precisamente por acción de esta propiedad habrían evitado lo que les molesta (facultad que ha sido dada a las hormigas y a los demás animales y sin la que no pueden estar).

Y así como nuestros oponentes dicen que a los brutos les acontecen cosas diferentes a las que nosotros experimentamos -aún concediéndoles conocimientos muy peculiares-, también se nos debe permitir afirmar que a los seres anteriormente citados -el mazo, el hierro, lo pesado-- se les ha aplicado una propiedad táctil con la que sienten lo que se ha mencionado y se les ha privado de las restantes sensaciones.

Ya hemos dicho que el tercer inconveniente radica en la aserción que hace la masa de filósofos ya nombrada-y de la que se deduce, necesariamente, que las almas de los brutos son indivisibles. Y sigo con el porqué de la deducción.

Si el bruto conoce, por ejemplo, a su padre y, mediante un conocimiento inherente a la facultad cognitiva de aquél -que es material y mecánica-, afirma mentalmente que el progenitor es su amigo, la mitad del mencionado conocimiento estará ligado a una parte cognitiva -como la otra mitad a la otra parte-, ya que el conocimiento de ambas no puede ser indivisible -es decir: todo en toda o todo en cualquier parte-, puesto que se produce desde el objeto corpóreo hasta la facultad mecánica. En efecto, desde ninguno de los mencionados puede explicarse como

inmaterial. Más aún, si con la mitad de la sensación se percibe la mitad del padre y con la otra mitad el resto, resultaría que, entonces, los irracionales no podrían, con toda la sensación resultante, conocer la diferencia que hay entre la primera y la segunda porción del padre visto.

También a nosotros, los hombres, la visión nos informa de lo que ocurre cuando recibimos las formas visibles en la cavidad ocupada por el humor acuoso y de cómo se afianzan cuando alcanzan la parte del humor vítreo, disgregándose y separándose del eje, así como para que el cono de la pirámide, que se forma desde los objetos que se ven hasta la percepción ocular de los mismos, no sea sólo indivisible en una parte del humor acuoso -donde no se puede conocer como parte derecha o izquierda un lado de lo percibido, aunque las imágenes coincidieran en un punto de cualquiera de las partes y no en todo el cristalino (donde no existe ni derecha ni izquierda de un punto).

En los brutos ocurre que la facultad de aprender a conocer, que se produce con la percepción de la primera parte, no es capaz de distinguir la otra. Como tampoco al conocer ésta serían capaces de percibir aquella, ya que ambas partes son diferentes entre sí. Por consiguiente, ninguna parte de los brutos podrá discernir entre las dos, cuando, al considerar y diferenciar la una de la otra, esté seguro de conocer las dos juntas.

Sin embargo, la experiencia demuestra que los brutos distinguen a los amigos de los enemigos y, admitido esto, por consecuencia se deduce necesariamente que conocen la diferencia entre lo primero y lo segundo, aunque sea menos difícil -sobre todo porque tratan de mamar de las ubres de lo amigo y no buscan las del enemigo. Así pues, lo hacen de forma natural. Y si fueran capaces de distinguir cognitivamente con el alma indivisible que es lo que está a la derecha o a la izquierda, los brutos lo harían. Por ello, necesariamente hay que deducir que se demuestra, como hemos hecho, lo que habíamos prometido.

También hay demostración para lo mismo con otro razonamiento -porque puede ocurrir que los que desconozcan el funcionamiento de la visión no lo hayan entendido. El fundamento es que necesariamente se deduce que los brutos, si se sirven de almas indivisibles, no pueden percibir nada mediante el tacto. Se demuestra la consecuencia si se da por supuesto dos cosas muy conocidas por todos.

La primera, porque si yo hubiera conocido una cosa -y no otra- y otro conociera alguna cosa distinta a la mía, ninguna de las dos podrían coincidir respectivamente con aquellas, ni la opinión sobre ambas sería la misma.

La segunda, porque son diferentes en composición y las diversas partes de cualquier cantidad son distintas entre sí -tanto como otro hombre comparado conmigo.

.....

Conocimiento intuitivo y abstractivo

Las sentencias de Aristóteles sobre el movimiento en los irracionales.

La primera sentencia aristotélica es la que aparece en el libro primero de *Perihermenias*, capítulo segundo, cuyo fragmento es el siguiente: "ciertos sonidos de los brutos y de las fieras significan, en realidad, pasiones; pero no son nombres". Parece que, con estas palabras, Aristóteles piensa claramente que los brutos se mueven por ser inducidos los sonidos en sus oídos, pero sin sentirlos.

La segunda se encuentra en el segundo de los libros de *Física*, texto comentado 80. Dice: "Los brutos no obran ni con talento, ni con discurso, ni con deliberación, aunque trabajan por un fin". Sin duda, parece que Aristóteles, en este texto, se muestra, de algún modo, ambiguo. Porque en las primeras palabras está de acuerdo conmigo. Pero en las últimas, al decir que los brutos actúan por un fin, hay que pensar que disiente de mí, a no ser que este fin se considere que ha sido conocido de antemano no por ellos, sino por la inteligencia rectora -como entenderán los que han comprendido perfectamente lo que expuse con anterioridad. En efecto, y por ejemplo, de este modo las hormigas que nacieron en un olmo, después de conocer el invierno -que no habían conocido antes-, escondieron el trigo en cuñas de tierra con la finalidad de que no germinara -en vez de dejarlo encima de ella-, impidiendo la germinación como fin desconocido.
